

EN LA MUERTE DE CHU EN LAI

LA muerte de Chu En-lai tiene dos vertientes. Una es la del recuerdo al viejo militante muerto. La otra, la de su significación en el presente y el futuro de China. Chu era uno de los ya escasos supervivientes de un mundo donde no existía el comunismo: de la era de lucha, persecución, clandestinidad y revolución. Tenía veintidós años cuando se produjo la revolución rusa de 1917, si nos atenemos a la fecha más frecuentemente considerada como la de su nacimiento (1896: hay otras fechas). Era ya un revolucionario. Un intelectual revolucionario: de casta alta, letrada, como la mayoría de los revolucionarios de la época heroica. Un mandarín. No ha dejado de ser mandarín jamás en su vida: siempre ha desempeñado papeles de dirección, de consejo, de dirección. Si se puede —y no es fácil— hacer una distinción entre gobernante y hombre del partido, Chu estaría más en aquella categoría. Siempre se le ha considerado negociador, internacionalista, hábil. Un gran hombre para exportar, para dar una imagen de China en el extranjero. La de Mao Tsé-tung era demasiado radiante para los escépticos extranjeros. Mao es un dios, un ídolo, para dentro del partido: una figura lejana y un poco —o un mucho— misteriosa para la contemplación desde fuera. Chu, irónico, lingüista, conocedor de las bárbaras costumbres occidentales, viajero, hubiese podido corresponder a lo que es un Kissinger en los Estados Unidos de hoy si no fuese porque su talla ha sido siempre infinitamente mayor —aunque su poder fuera menor, por el país que representaba— y porque su potencia en el interior era grande. Como creador de la imagen de China para fuera de China, Chu En-lai ha llevado una dirección del tercer mundo, un peso importante en la Conferencia de Bandung, un papel trascendental en la guerra de Corea y en la de Vietnam. Como político en el interior, ha formado parte del bloque de Mao, ha sido un ortodoxo absoluto, si consideramos ortodoxia la línea de Mao —y hasta parece una herejía dudarlo— y ha desempeñado un papel trascendental en la revolución cultural, en el destroz de Lin Piao y su grupo, en la frontera ideológica y física frente a la URSS. Cabe suponer que sin la orientación personal de Mao, Chu hubiese sido más dúctil en el interior. La gran alternativa de la amistad con los Estados Unidos es obra de Chu En-lai; pero quizá no la hubiese llevado a cabo tan insistente y tan arriesgadamente (hasta hacer que China alentase algunas de las grandes causas de la derecha en el mundo) sin la insistencia de Mao en cerrar todas las puertas a la URSS y sin la continua tensión de la amenaza de guerra chino-

soviética en que vive el pueblo chino como consecuencia de las largas campañas del partido.

DESAPARECE Chu, y en China falla así una de las grandes fuerzas políticas tradicionales. No va a pasar mucho tiempo sin que, a su vez, muera Mao Tsé-tung. Su edad no perdona, su desgaste tampoco. Parece que hace ya tiempo que la misión política de Mao es escasa, que sus facultades físicas y mentales están muy disminuidas. El culto a su personalidad se establece sobre su pasado. Hace pocos días, en la fiesta del año nuevo, se han lanzado al estudio y al comentario dos poemas del Presidente Mao: están siendo objeto de la exégesis de filósofos, artistas y teóricos de la doctrina. Pero están escritos hace diez años. La posibilidad de que en la fábula de uno de ellos —donde se enfrentan el ave roc, famosa por "Las mil y una noches", pájaro increíblemente inmenso, y un gorrioncillo— se esté representando una fase de la polémica ideológica entre China y la URSS es seriamente considerada. Más aún, se refiere directamente al momento en que la Unión Soviética, los Estados Unidos y la Gran Bretaña firmaron el pacto contra la proliferación nuclear; según la interpretación del poema, aquel acto habría servido para engañar a los pueblos del mundo con respecto al deseo de paz, cuando en realidad sus arsenales crecen y todo se sigue preparando para la guerra. De esta forma, Mao continúa siendo la figura esencial de la única campaña política, del único motor político auténtico de China en estos momentos: el desprestigio de la URSS, el cerco a lo que consideran su expansión y la advertencia continua de que está preparando una guerra.

PUEDE uno preguntarse, al desaparecer Chu, si esta doctrina va a continuar. Va a seguir, probablemente, aunque le falte su más eficaz instrumento, mientras viva Mao. ¿Y después?

TENEMOS ya suficiente experiencia en el mundo —y en España— como para saber lo difícil que es que los regímenes afectos a una persona continúen después de la desaparición de ésta. El proceso político parece desarrollarse así: un número de fuerzas convergen en unos puntos cuya fuerza y existencia asume una persona, bien porque los comparta enteramente, bien porque represente el compromiso. Es una especie de árbitro. Su permanencia en el poder, primero, se determina por su capacidad de arbitraje, de sostener el punto de gravedad. Esta lectura nos remite, como es lógico, de una manera inmediata al inmediato pasado de España, pero en ningún caso debe considerarse como una exclusiva nuestra, como podría creerse. Es bastante más universal. El árbitro, el hombre del equilibrio, del pacto común y del acuerdo, va convirtiéndose poco a poco en el único jugador. No sólo arbitra el conjunto de fuerzas que representa, sino que se impone a ellas. Cuando pasa el tiempo, la dinámica de la vida va modificando las razones del equilibrio. Incluso la acción de las fuerzas conjuntas que se han unido en un momento determinado ha modificado el contexto de la nación o de la etnia en un sentido en el cual sus propios dogmas ya han dejado de ser válidos. Puede ocurrir que entonces se trate de hacer un camino inverso para reproducir o imaginar reproducidas las circunstancias originales. En China, la tensión de la Larga Marcha o de la guerra civil contra Chiang Kai-Chek pudieron hacer necesario un régimen rudo y un esfuerzo titánico; la entrada de China en una relativa normalización dentro del concierto de las naciones hubiera reducido ese esfuerzo, de no haber surgido la



Mao, cada vez más debilitado, y el posible sucesor de Chu, Teng Hsiao Ping.



La muerte de Chu En-lai es un primer plazo de la muerte del poder personal.

tensión con la URSS y la necesidad de convertir esa tensión en una psicosis de guerra inminente. De esta manera podrían ser válidos los dogmas originales que, si no, se hubiesen quedado sin función. El árbitro puede llegar a ser así el guardián de unos principios, unas bases, un sistema que ya no tiene validez en su totalidad. Hemos visto con alguna frecuencia —y el caso de Stalin fue deslumbrador en este caso— cómo la desaparición del poder personal y solitario da entrada a una inmensidad de corrientes de pensamiento y de política que de otra forma estarían siempre congeladas. No quiere decirse que todas estas corrientes se inventen o broten en ese momento, sino que estaban soterradas, ahogadas, pero impuestas ya por la vida, en momentos anteriores.

ME costaría mucho trabajo imaginar que en China puedan pasar las cosas de una manera distinta. La muerte de Chu En-lai es, por decirlo así, un primer plazo de la muerte del poder personal, de la desaparición de Mao Tsé-tung. Sin Mao pero con Chu, todo podría haber sido igual durante algún tiempo.

CHINA no es monolítica. La propia lectura de sus fuentes, que nos están continuamente denunciando desviacionistas, traidores, complotistas y confucistas, que dan de pronto grandes espectáculos como la revolución cultural para denunciar corrupciones y traiciones, nos anuncian la existencia de las "cien escuelas, cien flores", que según Mao iban a florecer pero que fueron rápidamente ahogadas por lo que suponían de desafío al poder arbitral venerable.

SERA posible, a la larga, tras la desaparición de Mao, que habrá de seguir tarde o temprano —o ya muy tarde— a la de Chu, una reconciliación con la URSS? En este tipo de pensamiento hay dos respuestas frecuentes. Una de ellas es de tipo pesimista con respecto al internacionalismo comunista: que se imponen siempre las corrientes de nacionalismo, las necesidades de las potencias y que las hostilidades entre China y la URSS son anteriores a su condición de naciones comunistas y, por lo tanto, prevalecen. La otra es la simétricamente contraria. La de que no hay enemistades eternas, y las naciones se alían en cuanto les es posible y práctico. El ejemplo de la reconciliación entre China y los Estados Unidos, el de la coexistencia entre los Estados Unidos y la URSS, son suficientemente explícitos. Nadie podría asombrarse de que, un día, la Unión Soviética y China volviesen a tener una amistad y unas alianzas del tipo que se quiera: político, de potencia o de internacionalismo comunista. Esto no podrá ocurrir hasta la desaparición de Mao, después de la de Chu En-lai, y probablemente tardará muchos años en llegarse a ella —también estamos acostumbrados a que los movimientos políticos de China sean lentísimos: en parte porque son chinos, en parte porque los países comunistas son más bien lentos de reflejos—; pero si se llega, y es muy posible, todo el equilibrio mundial habrá cambiado. Sería el golpe más rudo que se pudiera dar a los Estados Unidos y a lo que se está llamando Occidente. ■

Hacia el «humanismo científico»

● La dirección del partido comunista francés ha elaborado un proyecto de resolución que ha de ser la base de su XXII Congreso. Según el concepto propio de democracia de los partidos comunistas, la resolución está ahora siendo estudiada por las células de base y por reuniones de partido, discusiones en las cuales habrá de aumentar o disminuir el texto. La resolución está recibiendo numerosas críticas exteriores e interiores. Las críticas de fuera del partido insisten principalmente en la existencia de contradicciones. La más señalada es la de que el partido propugna una transición hacia el socialismo mediante la implantación de un "estado neutro", por una parte, mientras que por otra insiste en que esa transición no podrá hacerse sino es mediante una lucha de clases: puede entenderse que la victoria en esa lucha de clases no permitiría la existencia de un "estado neutro", sino que implantaría un "estado partisano".

En el interior del partido, las críticas se hacen en el sentido de que la base sobre la que descansa la resolución se aparta del marxismo. Esa base consiste en la prosecución, por parte del partido, de un "humanismo científico" que parece ocuparse más de la naturaleza y la dignidad de la persona humana que de los problemas de la colectividad, la producción, la lucha de clases, etcétera. En efecto, la nueva línea de los partidos comunistas occidentales —cada uno en su medida y en su posibilidad de acción— parece desprenderse cada día más de ciertos dogmas para ocuparse de unos problemas humanísticos, a pesar de que el humanismo en abstracto ha estado siempre condenado por los filósofos marxistas. Esta vez no se habla de humanismo en abstracto, sino que se le añade la condición de "científico", vieja ya en el marxismo, que en sus orígenes condenó el "socialismo utópico" para crear el "socialismo científico".

La campaña de la dirección del partido para extender la nueva filosofía es muy amplia y muy explicativa. Se pueden tomar amplios párrafos de un artículo publicado por el filósofo Lucien Sève, miembro del comité central, en "La Nouvelle Criti-

que", como ejemplo de lo que significa la corriente del "humanismo científico".

"La idea de que las transformaciones profundas de la sociedad cambiarán a los hombres mismos, al mismo tiempo que la vida de la sociedad, no tiene nada de una mística totalitaria; es consecuencia de una observación histórica. Porque no es en la Naturaleza, sino en la Historia, donde está el centro de la producción, y por lo tanto de la transformación, de la personalidad". "Esta tesis destruye todo el humanismo abstracto, es decir, toda creencia en una producción de la Historia por un Hombre que sería previo a ella en alguna manera; pero, al mismo tiempo, funda un humanismo científico". "La actividad humana en tanto que manifestación de sí misma, como gustaba de decir Marx, no tiene más campo que el tiempo del ocio. Pero, desde ese aspecto, todo concurre a reducirla a proporciones mezquinas". "Esta escisión fundamental del empleo del tiempo, de la personalidad del trabajador, entre una actividad en contacto con las grandes fuerzas humanas modernas, pero vacía de sentido, por una parte, y por otra una actividad que conserva un sentido pero dentro de los más estrechos límites, es, pensamos nosotros, la crisis del sentido de la vida, es decir, la manera en que es vivida por los individuos la crisis de las relaciones capitalistas llegadas a su límite histórico, y que la ideología dominante se empeña en disfrazar de 'crisis de la civilización', cuyo barniz resquebrajado dejaría aparecer la eterna animalidad humana".

Al rechazar las críticas del interior del partido, las realizadas por militantes en las reuniones de información y de las células básicas, Sève las enumera al mismo tiempo que las rechaza:

"Bien venidas para unos (las tesis de la resolución en proyecto), tienen mucho de qué sorprender a otros, a aquellos para quienes un programa político no podría hablar a los hombres de su 'felicidad' sin tener algo de demagogia; a aquellos que tienen como un axioma la idea de que todo lenguaje 'humanista' (con comillas reprobatorias) es por esencia extraño al marxismo".